

O

EL ARTE DE CELEBRAR

**LA ESPIRITUALIDAD DE
COMUNIÓN EN LOS RITOS
INICIALES DE LA MISA**

PARA TI ES MI MÚSICA

**LEX CANTANDI,
LEX CREDENDI**

EL ARTE DE ORAR

**LA ORACIÓN: EL
ACTO DE FE POR
EXCELENCIA**

LITURGIA Y PIEDAD

**¿HAY DIFERENCIA
ENTRE CREER Y
TENER FE?**

AL SERVICIO DE LA ASAMBLEA

**LA LITURGIA,
EXPRESIÓN Y
ALIMENTO DE LA FE:
SEGÚN CREO, CELEBRO**

CUMBRE Y FUENTE

**LA EUCARISTÍA, Y LA
FE PUESTA A PRUEBA**

AUTOR INVITADO

**DEL COMENTARIO
A LA MONICIÓN**



MARVIN DARIO OSORIO , PBRO.

DEL COMENTARIO

A LA MONICIÓN

PAG. 15



ARQUIDIOCESIS DE BOGOTÁ

*Coordinación arquidiocesana
de vida litúrgica y oración*

CONTENIDO

PÁG. EL ARTE DE

3

CELEBRAR

LA ESPIRITUALIDAD
DE COMUNIÓN EN LOS
RITOS INICIALES DE
LA MISA



PÁG. PARA TI ES MI

5

MÚSICA

LEX CANTANDI,
LEX CREDENDI



PÁG. EL ARTE DE

7

ORAR

LA ORACIÓN: EL
ACTO DE FE POR
EXCELENCIA

PÁG. LITURGIA Y

9

PIEDAD

¿HAY
DIFERENCIA
ENTRE CREER
Y TENER FE?



AL SERVICIO DE LA ASAMBLEA

PÁG.

11

LA LITURGIA,
EXPRESIÓN Y
ALIMENTO DE LA
FE: SEGÚN
CREO, CELEBRO



PÁG.

15

AUTOR

INVITADO

DARIO OSORIO, PBRO.

DEL COMENTARIO
A LA MONICIÓN



CUMBRE Y

PÁG.

FUENTE 13

LA EUCARISTÍA, Y
LA FE PUESTA A
PRUEBA



CRÉDITOS

TEXTOS:

Coordinación de vida litúrgica y oración
Arquidiócesis de Bogotá

DISEÑO Y DIAGRAMACIÓN:

Jazmín Quitián Vanegas

FOTOGRAFÍA:

freepik.es, ACI prensa, Vatican News, Arquidiócesis
de Bogotá, elcatolicismo.com.co



**“PARTICIPANDO REALMENTE DEL CUERPO DEL SEÑOR EN LA FRACCIÓN DEL PAN EUCARÍSTICO, SOMOS ELEVADOS A LA COMUNIÓN CON ÉL Y ENTRE NOSOTROS”
(LUMEN GENTIUM, 7)**

LA ESPIRITUALIDAD DE COMUNIÓN EN LOS RITOS INICIALES DE LA MISA

La Eucaristía es el sacramento de la comunión por excelencia: unión con Cristo y unidad entre los fieles. Sin embargo, esta comunión no se limita al momento de la consagración o de la fracción del pan, sino que comienza a gestarse desde los ritos iniciales de la celebración. La liturgia, en su pedagogía, dispone un camino que nos introduce progresivamente en el misterio de la unidad, preparando el corazón y la comunidad para participar en el banquete eucarístico, al que nos unimos no de modo aislado, sino plenamente conscientes de nuestro ser Iglesia, llamada a favorecer la comunión y a celebrar armónicamente el misterio de la fe.

A este respecto, el Concilio Vaticano II enseña que “participando realmente del Cuerpo del Señor en la fracción del pan eucarístico, somos elevados a la comunión con Él y entre nosotros” (*Lumen Gentium*, 7). También, el Catecismo de la Iglesia Católica recuerda que la Eucaristía es llamada “comunión” porque nos une con Cristo y con la Iglesia (CEC 1325). Y Benedicto XVI, en *Sacramentum Caritatis*, afirma que “la unión con

Cristo es al mismo tiempo unión con todos los demás a quienes Él se entrega” (SCa 15).

Ahora bien, preocupa que durante la Misa no faltan quienes quieran, paradójicamente, celebrar al margen de la asamblea que los acoge. Esta tendencia, quizás reveladora de un fenómeno sintomático de una cultura cada vez más individualista y si se quiere intimista, también ha encontrado en las celebraciones litúrgicas un escenario en donde pareciera que lo único importante es el nexo con lo divino, en detrimento del beneficio de encuentro fraterno y de la alegría de celebrar “juntos”. Lo que debería ser un conjunto armónico de quienes cantan, oran, adoran y escuchan al unísono, se ha venido convirtiendo en una concurrencia desafortunada de muchas individualidades que parecieran competir entre sí, sin ninguna relación recíproca, y sin el más mínimo sentido de comunidad.

Conscientes de la inoportunidad de esta situación, a lo largo de este año dedicaremos esta primera columna de nuestra revista a considerar cómo en cada una de las partes de la celebración eucarística se hace evidente este misterio de comunión. Como es natural, comenzaremos con lo correspondiente a los ritos iniciales, que no son un simple preámbulo, sino el primer paso hacia la comunión plena que se realiza en la Eucaristía: preparan el corazón, unifican a la comunidad y nos recuerdan que la comunión con Cristo exige comunión entre nosotros. En efecto, la Misa, desde su inicio, es escuela de unidad y anticipo del banquete eterno.

Los ritos iniciales son el primer paso hacia la comunión plena que se realiza en la Eucaristía: preparan el corazón, unifican a la comunidad y nos recuerdan que la comunión con Cristo exige comunión entre nosotros

El inicio mismo de la Eucaristía ya es un signo irrefutable de comunión. La asamblea se congrega en un mismo lugar, convocada por el Señor, y el canto inicial, entonado por todos, expresa la unidad de voces y corazones. No somos individuos aislados, sino miembros de un cuerpo que se dispone a celebrar. El sacerdote, al besar el altar, reconoce a Cristo como fundamento de esa comunión, pues el altar es símbolo de Cristo mismo, piedra viva y centro de la Iglesia. La procesión de entrada, con el ministro que preside y los servidores, manifiesta la Iglesia en camino hacia la mesa del Señor, anticipando la comunión que se consumará en la liturgia eucarística.

Luego, el acto penitencial purifica la comunidad y la reconcilia. La comunión eucarística exige corazones convertidos; por eso, al confesar nuestros pecados y pedir perdón, estando todos de pie, nos disponemos a recibir el don de la unidad. No obstante, su carácter penitencial, no nos ponemos de rodillas. La comunión con Cristo no puede darse sin la comunión entre nosotros, y el reconocimiento humilde de nuestra fragilidad abre el camino a la reconciliación comunitaria.

Por su parte, cuando se canta el himno del Gloria en las fiestas y solemnidades, expresamos la comunión en la alabanza. La Iglesia entera, unida a los ángeles, proclama la gloria de Dios. La comunión se manifiesta en la voz unánime que reconoce al Padre y al Hijo en el Espíritu Santo. Este himno, que trasciende las fronteras del tiempo y del espacio, nos recuerda que la comunión eucarística es participación en la liturgia

celestial, donde todos los redimidos se unen en una sola voz de alabanza.

Los ritos iniciales concluyen con la oración colecta, una plegaria que sintetiza la comunión de la asamblea: el sacerdote, en nombre de todos, eleva la súplica al Padre. La pluralidad de intenciones se recoge en una sola voz, anticipando la unidad que se consumará en la mesa eucarística. La comunión se expresa aquí en la mediación ministerial: el presidente de la celebración no ora en nombre propio, sino como portavoz de la comunidad, y su oración en plural se convierte en plegaria común que une a todos en un mismo espíritu. Esto explica porqué no es necesario repetir con el sacerdote la fórmula de la oración; bastará simplemente unirse al amén conclusivo de la plegaria con el que la asamblea asiente y se une al sacerdote que ha orado por todos y en nombre de todos.

En síntesis, los ritos iniciales son más que actos preparatorios: son la primera expresión de la comunión que culminará en la mesa eucarística. La Iglesia, reunida, reconciliada, alabando y orando como un solo cuerpo, se dispone a recibir el don supremo de Cristo en la Eucaristía. La comunión comienza en el saludo, en el canto coral, en la confesión humilde, en la oración unánime y en los gestos compartidos, y se consuma en el sacramento que nos hace un solo cuerpo y un solo espíritu en Cristo.

*John Álvaro
JIMÉNEZ CARVAJAL,
Pbro.*

La comunión con Cristo no puede darse sin la comunión entre nosotros, y el reconocimiento humilde de nuestra fragilidad abre el camino a la reconciliación comunitaria



LEX CANTANDI, LEX CREDENDI

Literalmente, la expresión latina: "*Lex cantandi, lex credendi*" se traduce por "la ley de lo que se canta es la ley de lo que se cree". Y, significa que, la Iglesia en su liturgia canta lo que cree; y lo que se canta en la liturgia tiene una profunda influencia en la fe de los creyentes. El canto en la misa no es un aditivo externo, sino una parte integral de la celebración, facilitando la participación activa de los fieles y la transmisión de los misterios de la fe. "El canto sagrado, unido a las palabras, constituye una parte necesaria o integral de la liturgia solemne." (SC 112)

EL REPERTORIO MUSICAL DEBE ESTAR EN SINTONÍA CON EL CONTENIDO TEOLÓGICO DE LA CELEBRACIÓN

Este principio, similar a la repetida máxima "*Lex orandi, lex credendi*" ("la ley de la oración es la ley de la fe"), pone énfasis en la música y el canto como medios formativos de la fe. De este modo, los cantos e himnos no solo expresan lo que se cree, sino que también ayudan a consolidar y transmitir esas creencias



dentro de la comunidad. "Nada más festivo y más grato en las celebraciones sagradas que una asamblea que, toda entera, expresa su fe y su piedad por el canto" (MS 16a).

El canto litúrgico en el culto cristiano ha sido desde los primeros siglos un medio fundamental para expresar la fe y la adoración de la asamblea cristiana. La música, por su parte, contribuye a realzar el sentido sagrado de la liturgia facilitando la interiorización de los misterios celebrados y creando un ambiente propicio para el encuentro con lo divino.

Del mismo modo que música y canto están profundamente entrelazados no sólo para embellecer la liturgia, sino para facilitar la comunión espiritual entre



los participantes y lo sagrado, misterio y música no pueden ser disociados, pues desde la más remota antigüedad la música es un símbolo primordial para expresar el misterio; y lo que no puede ser dicho con palabras, debe ser expresado por sonidos simbólicos. (Arocena, Félix EL ARTE DE CELEBRAR LA EUCARISTIA. Ed. BAC 2021).

“En la tradición litúrgica, la palabra de Dios, consignada por escrito bajo la inspiración del Espíritu, vive dentro del estuche precioso que es el canto de la Iglesia. El canto es plasmación sonora de la Palabra. La Liturgia canta la palabra de Dios y la palabra de Dios canta en la Liturgia, pues está llena de la presencia divina... La constitución *Sacrosanctum Concilium* relaciona la presencia real de

canto de la Iglesia, destacando así su valor teológico: ‘Cristo está presente... cuando la Iglesia... canta salmos.’ Inmersos en esa presencia real de Cristo, quienes cantan traducen en sonidos su adhesión a los misterios que celebran”. (*Ibídem*)

Esto explica cómo y por qué el repertorio musical debe estar en sintonía con el contenido teológico de la celebración, de modo que lo que se canta realmente refleje y eduque en la fe de la Iglesia. Un ejemplo para facilitar la comprensión de lo que decimos: en la celebración eucarística, el canto de comunión enfatiza el misterio del Dios que, sacrificado, se nos da en alimento, por eso en sus inicios hacia el siglo V el canto de comunión era siempre el salmo 33, con su antífona “Gustad y Ved qué bueno es el Señor”. (Cf. Alcalde, Antonio. EL CANTO DE LA MISA. Ed. Sal Terrae 2002).

Una invitación a hacerse con un buen repertorio de cantos litúrgicos a todas las parroquias que todavía siguen entonando popurrís de cantos de animación, pertenecientes a los grupos de oración carismática, pues estos desdican del culto cristiano en su tradición y dejan en la ignorancia a los fieles, respecto de los misterios que celebran.

**José Antonio
ZAPATA NOLE,
Pbro.**

LA ORACIÓN: **EL ACTO DE FE** POR EXCELENCIA

En medio de la prisa, la dispersión y la saturación de estímulos, la oración no es un lujo ni una práctica de los “muy espirituales”. A la luz del Catecismo, la oración no es un añadido opcional para la vida creyente, sino su expresión más profunda. Es, en sentido estricto, el acto de fe por excelencia. En ella, la fe deja de ser idea y se convierte en relación; deja de ser doctrina y se vuelve experiencia. La oración es la fe hecha vida. La oración cristiana es “la relación viva de los hijos de Dios con su Padre” (CEC 2565).

Creer no es solo aceptar que Dios existe; es entrar en relación con Él. Y toda relación se sostiene en el encuentro. Creer es abrir la puerta; orar es entrar en la casa. Orar es permitir que la fe se vuelva encuentro personal

con Dios. Allí donde hay oración verdadera, hay fe actuante.

La fe es una actitud de confianza, de adhesión, de abandono humilde: “La humildad es el fundamento de la oración” (CEC 2559). ¿Por qué? Porque solo puede orar quien reconoce que es criatura, quien se sabe necesitado, quien admite que depende de Dios; es la disposición del Monje interior que hay en todo ser humano.

“La fe es condición necesaria para la oración” (CEC 2610). Orar implica creer que Dios escucha,

**ORAR ES PERMITIR
QUE LA FE SE VUELVA
ENCUENTRO
PERSONAL CON DIOS**

Creer es
abrir la
puerta; orar
es entrar en
la casa



La humildad
orante es la
disposición
del Monje
interior que
hay en todo
ser humano



Solo puede
orar quien
reconoce que
es criatura,
quien admite
que depende
de Dios



Jesús se aparta,
hace retiro;
podemos decir
hoy que asume
la disposición
del Monje, y ora



La oración nace
de la fe, pero
también la
hace crecer; es
la respiración
de la fe



En la vida
ordinaria de
cualquier
creyente, esta
verdad se
ilumina con la
sencillez del
Monje interior

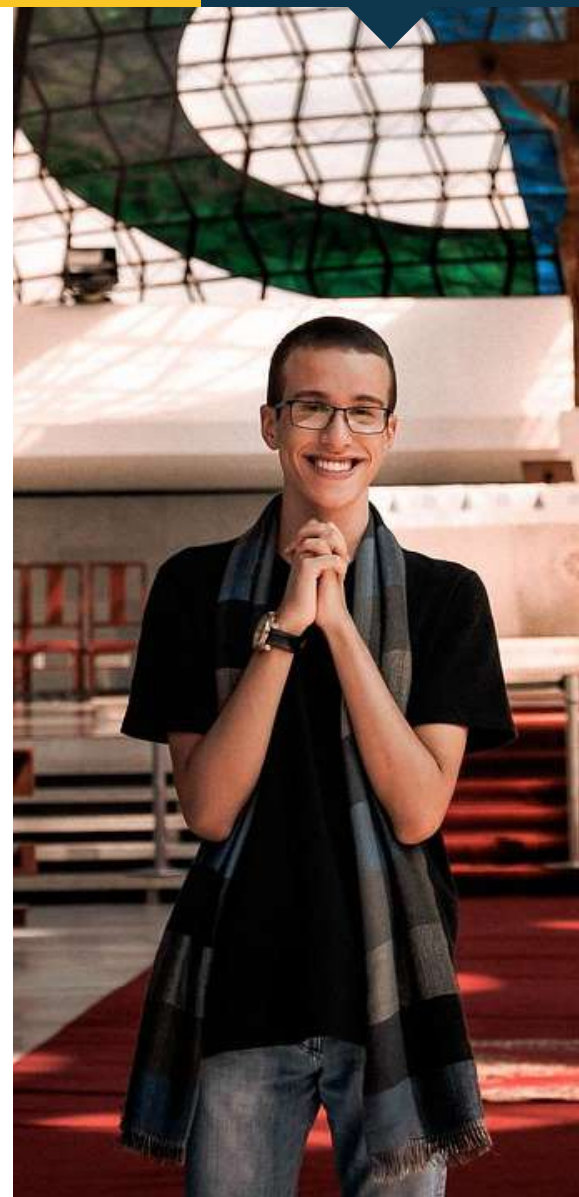
que responde, que actúa en la historia y en la vida personal. Toda petición, por sencilla que sea, contiene un acto de fe: no pediríamos si no creyéramos, aunque sea de modo frágil o imperfecto, que alguien nos atiende. De hecho, incluso quien dice “Señor, si existes...” ya está orando desde un germen real de fe. Dios toma en serio incluso ese umbral.

El Maestro Jesús de Nazaret, nuestro Modelo, revela la íntima unión entre fe y oración. Los Evangelios muestran que en los momentos decisivos de su misión —especialmente en los de mayor oscuridad o discernimiento— Jesús se aparta, hace retiro; podemos decir hoy que asume la disposición del Monje, y ora (Cf. CIC 2600-2604). Lo hace con una confianza absoluta en el Padre, incluso cuando sus palabras contienen súplica, desconcierto o dolor. En Él se hace visible que la oración es un

acto filial. Y cuando enseña a sus discípulos a orar, lo hace invitándolos a la confianza radical: “Todo cuanto pidan con fe en la oración, lo recibirán” (Mt 21, 22). La oración nace de la fe, pero también la hace crecer; es la respiración de la fe.

En la vida ordinaria de cualquier creyente, esta verdad se ilumina con sencillez; con la sencillez del Monje interior. Crecer en la fe no es aprender más contenidos teológicos; exige, sobre todo, orar más y orar mejor, porque solo en la oración la fe se vuelve experiencia. En la oración “la fe actúa” (CIC 2560-2561). Se hace concreta, encarnada, cotidiana. Se purifica, se profundiza, se vuelve diálogo. Quien ora entra en el espacio del monasterio interior, donde Dios transforma, consuela, ilumina y guía.

*Víctor Ricardo
MORENO HOLGUÍN,
Pbro.*



**ORAR IMPLICA
CREER QUE DIOS
ESCUCHA, QUE
RESPONDE, QUE
ACTÚA EN LA
HISTORIA Y EN LA
VIDA PERSONAL**

¿HAY DIFERENCIA ENTRE CREER Y TENER FE?

En no pocas ocasiones, cuando se habla de fe y de creer, se presentan equívocos; sobre todo, en ámbitos de poca catequesis o deficiencia de procesos de evangelización. Vale la pena, entonces, diferenciar desde la experiencia de la vida cristiana cómo los dos conceptos, aunque relacionados entre sí, no se dan por supuestos ni se obvian.

La tradición teológica de la Iglesia muestra la experiencia de la fe como una evolución por la cual se llega de lo racional-intelectual a la existencial adhesión de la propia historia a la voluntad de Dios.

Credere Deum: Creer que Dios existe. Del acusativo en latín (Creer en Dios). Es el asentimiento del entendimiento a una verdad. En el Camino cristiano significa aceptar la revelación de Dios en sus tres vías: la Sagrada Escritura, la Tradición y el Magisterio de la Iglesia. Implica la inteligencia que no busca solo la comprobación por medios puramente racionales. A la vez, tal aceptación no implica necesariamente una relación existencial con el misterio.



Credere Deo: Del dativo en latín (Creer a Dios) Creerle a Dios. No es sólo un ejercicio del intelecto, sino que pone en juego la propia voluntad. El hombre piadoso entiende que hay una voluntad superior en la que se esconde misteriosamente el proyecto que Dios tiene para el hombre, aunque aún falte hacer el camino de aceptación o de "conocimiento" de Dios en la propia vida. (Juan 17,3: "Y esta es la vida eterna: que te conozcan a ti, el único Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien has enviado".)



por la gracia, mediante el cual la persona se fía de Dios y se compromete con Él. Por eso, la fe auténtica se manifiesta en las obras, en la oración y en una vida coherente con el Evangelio.

En síntesis, creer puede quedarse en un plano intelectual; tener fe implica creer, pero además confiar, adherirse y vivir conforme a esa creencia. En la perspectiva católica, la fe es una relación viva con Dios, no solo la aceptación de unas verdades. Y en lo que toca a la liturgia, las celebraciones, particularmente la Eucaristía, son el ámbito por excelencia donde el fiel piadoso encuentra la fuente y culmen de la vivencia y maduración de su fe.

Credere in Deum: del acusativo en latín en modo oblicuo (Creer en “quién es realmente Dios”). Este ejercicio de la conciencia va más allá del intelecto racional y de la aceptación de la voluntad de la Verdad revelada. Implica una adhesión y configuración del Misterio de Dios en la propia vida. Sin embargo, ocurre cuando en el camino cristiano se ha dado el conocimiento existencial de Dios por la fe.

Así las cosas, la fe, como virtud teologal, implica una adhesión madura de la conciencia en la que la historia personal se afecta radicalmente por la intervención de Dios. No solamente da razón de la verdad revelada como cierta, sino que permite la configuración de sentimientos, pensamientos y acciones como que es Cristo quien ahora vive en la propia historia.

El Catecismo de la Iglesia Católica enseña que la fe es un acto humano libre, movido

**Nicolás
GARZÓN,
Pbro.**



LA LITURGIA, EXPRESIÓN Y ALIMENTO DE LA FE: SEGÚN CREO, CELEBRO

La liturgia no es un simple conjunto de ritos externos o una puesta en escena teatral; es el corazón palpitante de la vida cristiana, su fuente, centro y origen (Constitución *Sacrosanctum Concilium* del Vaticano II). Bajo el principio teológico *Lex orandi, lex credendi* (la ley de lo que se reza es la ley de lo que se cree), se establece que la Iglesia cree tal como ora.

La Liturgia es expresión de la fe, manifestación pública y oficial del misterio de Cristo. En cada sacramento y celebración, la comunidad no solo recuerda eventos del pasado, sino que hace presente la obra de la salvación con signos y símbolos; a través del agua, el pan, el vino y la palabra, lo invisible se hace visible. Con estos elementos visibles y tangibles se expresa la fe de una comunidad que reconoce la presencia real de Dios en su historia, celebración comunitaria, no privada, pues, al ser una acción jerárquica y comunitaria, la liturgia expresa que la fe no es un sentimiento individual, sino una adhesión al Cuerpo Místico de Cristo que es la Iglesia. Así mismo, la Liturgia es alimento de la fe, pues así como el cuerpo necesita sustento, la fe requiere de la liturgia para no marchitarse. Este alimento



se recibe de las dos mesas principales de la Palabra y de la Eucaristía.

Entender bien el principio "según creo, celebro", ayuda al creyente a buscar y a alimentar la coherencia de vida implicando una circularidad vital. La fe nos lleva a la celebración, y la celebración, a su vez, profundiza y purifica nuestra fe. Si la liturgia se vive con "participación consciente, activa y fructuosa", el creyente sale del templo transformado. La verdadera liturgia no termina con el "pueden ir en paz", sino que se extiende en la caridad y el testimonio diario. "La Misa es mi vida, y mi vida es una Misa", afirmaba San Alberto Hurtado. La forma en que la Iglesia reza y celebra la liturgia manifiesta lo que la

**LA LITURGIA EXPRESA QUE
LA FE NO ES UN
SENTIMIENTO INDIVIDUAL,
SINO UNA ADHESIÓN AL
CUERPO MÍSTICO DE CRISTO
QUE ES LA IGLESIA**

Iglesia cree y luego se transforma en vida nueva en Cristo. No son dos cosas separadas; la oración pública no es un adorno de la doctrina, sino su expresión más pura.

La oración, desde los inicios de la Iglesia, ha sido considerada como fuente de doctrina. Históricamente, la Iglesia no escribió primero un manual de teología y luego inventó los ritos. Fue al revés: la comunidad cristiana comenzó celebrando la fracción del pan y bautizando y de esa práctica de oración (liturgia) se fue deduciendo y profundizando la teología dándole todo su carácter de actualización y prolongación en el tiempo del Misterio redentor de Cristo.

La oración de la Iglesia guía a la fe y la protege de desviaciones y, simultáneamente, la fe sostiene la oración dando contenido y sentido a los ritos para que no se conviertan en gestos vacíos o supersticiones. Esta relación esencial entre fe y liturgia establece una profunda y necesaria identidad eclesial, pues nos recuerda que la liturgia no es algo que inventamos a nuestro gusto, sino que es

LA FORMA EN QUE LA IGLESIA REZA Y CELEBRA LA LITURGIA MANIFIESTA LO QUE LA IGLESIA CREE Y LUEGO SE TRANSFORMA EN VIDA NUEVA EN CRISTO

un tesoro recibido que custodia la verdad de nuestra fe e invita a que la oración sea profunda para que nuestra fe sea sólida.

Celebrar la fe es, por tanto, el acto más sublime de todo creyente, pues permite el encuentro real con el Trascendente. La liturgia es así el lugar teológico por excelencia donde la Iglesia se reconoce a sí misma y se fortalece para su misión en el mundo. Rezamos y celebramos como creemos y, a medida que rezamos y celebramos, vamos comprendiendo mejor aquello en lo que creemos. La liturgia es fe puesta en acción.

*Néstor Fernando
PEÑA RODRÍGUEZ,
Pbro.*



CUMBRE

LA EUCARISTÍA, Y LA FE PUESTA A PRUEBA

Y FUENTE

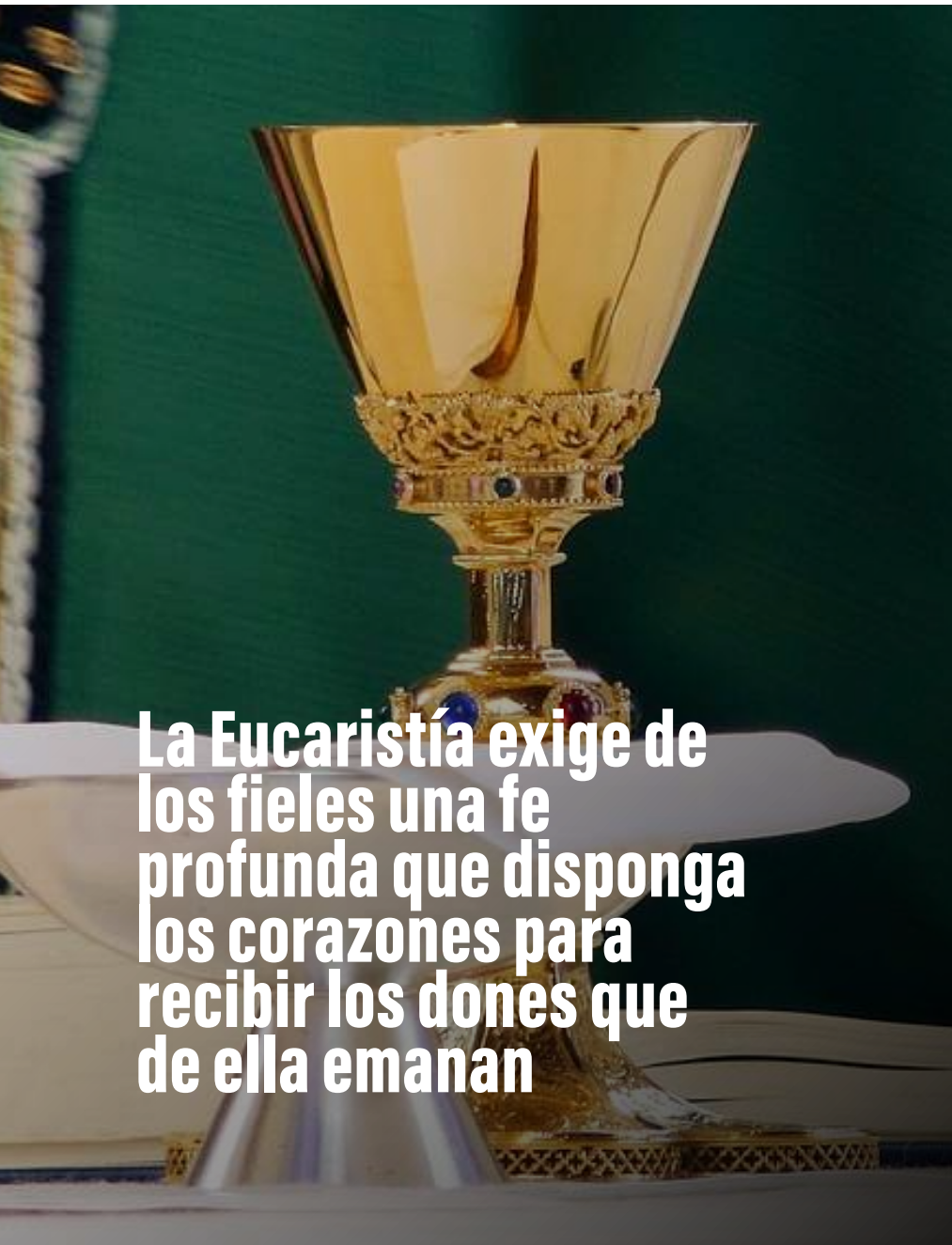
Jesucristo, en la última cena, instituyó el sacrificio eucarístico de su cuerpo y de sangre, con el que perpetuó el sacrificio de la cruz, y lo hizo banquete para que el alma se nutriera de la gracia divina. Y lo confió a la Iglesia para que ella lo celebrara como memorial de su muerte y resurrección (Cf. SC 47). Este misterio admirable exige de los fieles una fe profunda que disponga los corazones para recibir los dones que de ella emanan. No obstante, en la

Eucaristía la fe es puesta a prueba por aquellos que o bien no entienden lo que se celebra o les cuesta creer en aquello que la fe proclama del misterio eucarístico.

Pensamos, en primer lugar, en aquellos católicos que afirman no necesitar de ir a Misa, pues les basta creer en Dios y orar a solas, privándose, por ellos mismos, de recibir el Santísimo Sacramento. A ellos le siguen los cristianos que dicen creer en Dios, pero no en la Iglesia, viviendo, como los primeros, una fe sostenida en sus pensamientos cerrados e intimistas y ausentes de la conciencia de ser pueblo elegido, convocado para celebrar la fe en comunidad.

La fe es puesta a prueba cada domingo por aquellos fieles que, aunque se dicen católicos, se excusan por no ir a Misa y sacan cualquier pretexto para justificar su ausencia. Se asemejan al apóstol Tomás que, en el domingo de resurrección, no estaba reunido con los otros discípulos cuando se apareció Jesucristo, y se niegan a creer en el testimonio de la comunidad cristiana.

Dentro de la Eucaristía la fe es puesta a prueba en aquellos que no entienden o les parece casi imposible la presencia real de



La Eucaristía exige de los fieles una fe profunda que disponga los corazones para recibir los dones que de ella emanan



Jesucristo en los dones consagrados, comprendiéndola simplemente como un signo conmemorativo y nostálgico de Jesucristo, que lleva a la mente a transportarse del altar al cielo para imaginar “en las alturas” al redentor del mundo. Y es puesta a prueba también cuando, estando en la Misa, los pensamientos y corazones de los fieles divagan en otras realidades ajenas a la celebración litúrgica, que distraen y afectan la participación activa y piadosa de la que habla el Concilio (Cf. SC 48).

La fe es puesta a prueba en la Eucaristía cuando se asiste a ella solo para pedir y recibir de Dios aquello que se necesita, sin la intención de hacer de la Palabra de Dios una espada afilada que penetre lo profundo de la vida hasta convertirla y transformarla, y sin la convicción de recibir la sagrada comunión como alimento de vida eterna.

Resulta urgente, entonces, comprender y creer que la fe la recibimos de la Iglesia Católica el día en que ella nos hizo hijos de Dios por el bautismo y nos vinculó a una comunidad espiritual, el pueblo de Dios, que se congrega como un solo cuerpo en Cristo para celebrar la salvación y participar de la mesa común de la Eucaristía. Apremia profesar de palabra y de obra que el Hijo de Dios está presente de modo real, sustancial y verdadero en el Santísimo Sacramento del altar, y que es vital para el alma recibirlo en comunión como prenda de la vida futura. Urge recuperar el sentido del domingo cristiano como día de salvación y de gracia vivida en comunidad, por Jesucristo que se apareció a los discípulos, les comunicó la paz, les mostró los signos de su martirio y reveló el modo nuevo de hacerse presente: al partir el pan. Obliga, finalmente, la formación en la doctrina y en la vida sacramental que lleve a los fieles a admirar, gustar y beneficiarse de la liturgia de la Palabra como fuerza transformadora y de conversión, y de la liturgia eucarística como banquete de comunión que actualiza en quien participa, las palabras de Jesús: “el que coma de este pan, vivirá para siempre” (Jn 6,58).

*Wilson
COBALEDA CÁRDENAS,
Pbro.*

**La fe es puesta a prueba cuando se
asiste a la Misa solo para pedir, sin la
intención de transformar la vida por la
Palabra y la Eucaristía**

DEL COMENTARIO A LA MONICIÓN

En cada celebración litúrgica, las moniciones juegan un papel crucial al preparar espiritualmente a los fieles para participar en el misterio celebrado. Sin embargo, en muchas comunidades, estas moniciones han sido reemplazadas o deformadas por comentarios, confundiendo dos realidades distintas en su intención, forma y función.

Comentarios vs. Moniciones

- **Comentarios:** Son intervenciones orales que explican signos, ritos o textos para favorecer una comprensión intelectual. Tienen un valor pedagógico-informativo y se usan ocasionalmente en celebraciones solemnes para hacer inteligible lo que se celebra. Se usa ocasionalmente, especialmente en celebraciones con muchos signos poco conocidos, como las vigiliass o ritos especiales. Su propósito es hacer inteligible lo que se celebra, pero no forma parte estructural de la liturgia como sí lo hace la monición. (IGMR 105 b.)
- **Moniciones:** Son intervenciones breves y celebrativas que disponen el ánimo y el corazón del pueblo. No buscan enseñar, sino abrir a la experiencia espiritual. No informan, sino que convocan a disponerse interiormente al misterio. Según la Instrucción pueden hacerse breves moniciones para introducir a los fieles en la Misa del día y en cada parte de la celebración, con el fin de ayudarlos a participar de manera consciente, activa y plena.

Diferencias Fundamentales

- Explicación vs. Disposición: Mientras el comentario se enfoca en el conocimiento, la monición se centra en la disposición. El comentario trata de hacer entender; la monición, de hacer entrar.
- Didáctica vs. Pedagogía del Corazón: La liturgia no es un momento didáctico, sino una acción sagrada donde Dios actúa por medio de los signos y de su Palabra. Convertir la monición en explicación limita el espacio de acción del Espíritu.

Orientaciones Prácticas

- Monición de Entrada: No debe convertirse en una mini homilía. Su propósito es disponer el corazón para el encuentro con el misterio que se celebra.

Monición a la Palabra: No debe ser una explicación previa de las lecturas. Debe

ayudar a los fieles a escuchar con fe y apertura interior.

Custodiar el alma de la Liturgia

Cuando la monición se convierte en comentario, la liturgia se empobrece. La monición no es un discurso, sino una oración pastoral hecha palabra. Así pues, recuperar su sentido es recuperar también la belleza de una liturgia viva, sencilla, profunda, donde cada signo habla, pero también invita a callar y acoger. Porque en el fondo, como nos recuerda *Sacrosanctum Concilium* (n. 7), la liturgia es "la obra de Cristo sacerdote y del pueblo de Dios". Y ante esa obra, el alma necesita palabras que acompañen, no que distraigan.

**Marvin Dario
OSORIO,
Pbro.**



*Delegado de Liturgia de la Diócesis
de Montería*





ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ

*Coordinación arquidiocesana
de vida litúrgica y oración*

INTERACTÚA CON NOSOTROS POR MEDIO DE NUESTRAS REDES



liturgiayoracion@arquibogota.org.co



www.coordinacionvidaliturgicayoracion.arquibogota.org.co

Si deseas apoyarnos te invitamos a realizar una donación:
Cuenta Corriente Banco Caja Social N° 21500303066 a nombre de la Arquidiócesis de
Bogotá NIT. 860.021.727-6